

de aprovechar hasta los reos de muerte para los trabajos forzosos, que pide una empresa como la intentada en los cerros del Sol por nuestro monarca, decidido á levantar allí, para su recreo, un edén verdadero. Ya ves cómo las gasta nuestro Hacem, que febril por nuevos placeres, capaces de ser como beleños del olvido á sus disgustos recientes, alza pintados bosques y siembra flores aromosas por doquier, anhelante de levantar á los cielos su Granada, cuando parece más próxima, por decretos del hado, á su abatimiento y á su ruina. Prepárate, pues, y apercíbete á salir para el trabajo. Vas á ver el sol, y á contemplar esta vega, con cuya reconquista y posesión te creo capaz de soñar hasta en el negror de tu triste calabozo. Hemos resuelto aparejaros y uniros por el mismo grillete á Gezar y á ti. Así picaréis las mismas piedras. Alégrate, porque habrás pasado muchas hambres, y ahora tenemos orden de alimentarte bien, á fin de que rehagas y recobres tus perdidas fuerzas, trabajando á gusto de nuestro Hacem.

CAPÍTULO XIX.

En cuanto vió Illan las nuevas disposiciones de Hacem, y el trabajo y oficio á que le destinaban, adivinó, como todos aquellos que acarician una idea fija, la coyuntura, que podía presentarle y ofrecerle, para cumplir el plan premeditado y preconcebido hacía tanto tiempo, el rapto de Isabel. Salir del sepulcro, donde lo habían enterrado en vida, era un comienzo de facilidad para sus propósitos. En cualquier otro no hubiera dejado este vulgar hecho ningún rastro; pero, en su naturaleza tan poseída del sentimiento ardoroso de una vivísima esperanza, sucedió todo lo contrario, avivó ardorosas llamas. Illan era uno de los antiguos guerreros castellanos en quienes jamás la derrota engendró la desesperación; un asomo, un comienzo de libertad, bastábale para llegar con sus presentimientos al término de sus deseos y verlos por completo conseguidos y logrados. Si algo más que su nueva situación podía en aquel momento

halagarle ¡oh! era la doble noticia de que los granadinos se hallaban alterados por interiores discordias, y Alhama rendida por completo al pie de los cristianos. Bajo tales auspicios salía, siquier fuese con todos los caracteres y todas las tristezas de un siervo, salía Illan del calabozo para ir al trabajo. A mayor abundamiento, contaba con la compañía de un magnate granadino, á quien odios con el propio tirano, aborrecido de su corazón, habíanle arrojado en aquellas sepulturas y dándole afectos y sentimientos, análogos de todo en todo á sus propios sentimientos y afectos. Por consecuencia, las palabras del carcelero que celaba la mazmorra de Illan, cayeron sobre la triste alma de éste, como un rocío sobre la flor abrasada, reanimándola, é imbuyéndole impaciencias por la consecución de halagüeñas esperanzas, á las cuales no había renunciado ni un minuto siquiera en los mismos días en que tocara hasta en su fondo la desgracia y la desesperación.

El hábito de la oscuridad le había desacostumbrado á los resplandores de la luz. Así, cuando salió de la mazmorra y se halló entre los esplendores de aquella vívida naturaleza granadina, tuvo que llevarse la mano á los ojos, temiendo que pudieran quebrársele y perderse á la vivacidad increíble de tanto sol. Pero la flexibilidad propia de los temperamentos nerviosos le devolvió bien pronto á la profunda retina el regular ejercicio, y sus ojos pudieron extasiarse ya sin peligro en la contemplación de aquel espléndido y maravilloso lugar de

delicias llamado Granada, y que por cualquier parte ofrece cuadros deslumbradores á la vista, y al oído dulces melodías. El primer movimiento de admiración por la naturaleza, análogo al que pudiera experimentar un muerto hacia la vida recién recobrada, este primer movimiento, natural y legítimo en quien acababa de abandonar las tinieblas, no le permitió fijarse por lo pronto en el compañero que le designara el esbirro y que se levantaba y erguía muy gallardamente á su lado. Era este Gezar, el perseguido por sus insultos y amenazas al monarca. Su apuesto cuerpo apenas podía sostenerse derecho sobre los menudos piés muy arqueados y de alto empeine. Su gallardía se asemejaba de suyo á la gallardía de las palmas en lo flexible y en lo majestuosa, de las palmas adscritas en todos los pueblos á representar los símbolos del triunfo y del martirio. Su rostro moreno y bronceado atestiguaba su origen y la raza de que procedía. La barba sedosa y puntiaguda, la nariz larga, los ojos negros y profundos como el abismo, la boca grande, acababan de caracterizar el tipo verdaderamente de los desiertos, la complexión verdaderamente de los beduinos. Gezar no dijo palabra ninguna en aquel momento, ni tampoco hizo ningún gesto, como es natural en gente que cree indigno el mostrar por nada ni por nadie maravilla ó extrañeza. En cambio Illan, comunicativo de suyo, generoso, un tanto hablador, impetuosísimo, creyó rudimentario deber suyo el dirigirse al compañero destinado á compar-

—tir sus faenas y á estar ceñido al mismo hierro, y ocupado en el mismo trabajo y ministerio.

—Mi Dios te guarde—le dijo.

—Y el mio á ti—le respondió.

—Nacidos y criados para encontrarnos en los mismos combates, nos encontramos en los mismos hierros.

—¿Qué quieres? Así va nuestra Granada.

—¿Cómo te llamas?

—Yo me llamo Gezar.

—Y yo me llamo Illan—añadió éste, aunque Gezar no le había dirigido ninguna interrogación.

—Ya ves cómo regirá el Sultán Hacem su reino, cuando estamos ceñidos á igual hierro, tú hijo de los infieles; yo hijo de los beduinos.

—En verdad que nuestra situación de hoy es bien extraña, y no hay más remedio que darse las manos en vez de cruzar las espadas.

—¿Qué hacer sino?—preguntó el africano á sí mismo, como disculpándose de hallarse con redomado infiel á su lado y no haberlo ya muerto.

—¿Qué hacer?—dijo también Illan. Al fin y al cabo tenemos el mismo enemigo, aunque tú creas en el Koran y crea yo en el Evangelio.

Al oír la palabra Evangelio, demudóse un poco la faz de Gezar; mas bien pronto borró la expresión de tal sentimiento penosísimo en la persuasión de que no podía sucederle otra cosa en el diálogo forzoso con su compañero cristiano.

—El esbirro me ha dicho quién eras y me ha

contado tu historia. Yo sabía tu nombre ántes de preguntártelo.

—Pues bien; el esbirro te habrá dicho que soy del África y que pertenezco á una tribu, la cual no reconoce más señor que aquel omnipotente y pródigo y sabio, cuyo poder y autoridad rigen todo el universo.

—Mayor motivo para que te duelan las violencias de quien se imagina sustituir á Dios en el trono de Granada.

—En los africanos desiertos el más benéfico es el más poderoso. Aquel que más hace por su tribu, aquel manda. Los beneficios dispensados á los pobres y á los infelices forman los escalones de la escalera que sube hasta la cima del trono. Y así, deponemos al jefe que no sabe sostener su dignidad ó que llega en todo evento á verse sobrepujado por cualquier otro beduino en fortuna y en grandeza.

—Ya comprendo, Gezar, el secreto de tu historia y el origen de tu infortunio. Has querido aplicar á Granada los sentimientos inspirados por los oasis del desierto.

—Nosotros, Illan—añadió Gezar,—á quien el recuerdo de patria y tribu había prestado singular elocuencia,—nosotros tenemos por nuestros hermanos, tal amistad que consideramos lo suyo nuestro, así el agravio como el honor. Ama tu tribu, ha dicho uno de nuestros mayores poetas, porque te unen á ella lazos más fuertes que los existentes entre la mujer y el marido en la familia.

- Así, Gezar, quiero yo también á mi patria.
- No te ofenderás, Illan, si lo dudo un tanto.
- ¿Y en qué fundas tu duda?
- La fundo en el distinto carácter de nuestras dos religiones.
- Gezar, no hablemos de tal cosa.
- ¿Por qué?
- Por una muy sencilla razón.
- Díla pues, Illan.
- Porque unidos al mismo hierro, justo será que hablemos de todo cuanto nos confunda y omitamos toda cuanto nos divida.
- ¡Nos dividen por Alah tantas cosas!
- Pues nos junta un afecto común.
- Sí.
- El afecto de odio al tirano Hacem.
- Mas... ¿por qué razones tan diversas?
- Justo. Pongamos las cosas en su verdadero punto y demos á las palabras su verdadero sentido.
- Sea en buen hora.
- Tú deseas la ruina de Hacem; y yo deseo la ruina de Hacem.
- Verdad.
- Estamos, pues, convenidos.
- Pero por...
- Espera, espera; yo diré tu sentimiento y el mío.
- Habla pues.
- Yo detesto al tirano Hacem por el daño que nos hace; y tú lo detestas porque aún crees que tal

daño resulta ligero, livianísimo, é inferior á lo que debiera esperarse de su valor y de nuestras provocaciones.

— Justamente.

— Pues bien; tratemos de arrojarlo, tú por causa y razón de ciertos motivos; yo, por causa y razón de otros motivos; sin curarnos para nada justamente de la diferencia de estos, cuando van unos y otros encaminados hacia el mismo fin.

— Sí; nosotros quisiéramos que Hacem os triturara con su cetro á todos vosotros los cristianos, como la piedra tritura el trigo.

— Sea en buen hora. Lo comprendo y no lo extraño.

— Mira, Illan; yo he pasado mi vida en el desierto, persiguiendo á la gacela y al tigre ó pastoreando al cordero y al camello. La jebra no ha sido tan libre é indómita como yo. Y allí sólo he aprendido una cosa; el odio á tu religión.

— ¿Qué vienes á contarme? Lo mismo he aprendido yo entre los míos; el odio á tu religión.

— Recuerdo que una vez, como cierto cautivo cristiano se atreviese á departir con mi padre y señor, encareciéndole toda vuestra religión, y con especialidad, el sacrificio y la muerte de Cristo, vuestro Dios, no respondió mi padre una palabra y le citó para el día siguiente á una hora dada. Presentóse de nuevo tu paisano á esa hora, y volvió á encarecerle á mi padre la muerte de su Dios. Y entonces mi padre le dijo: «mira, esta noche me ha ba-

jado en sueños, que son á todas luces verdad, una bien triste nueva desde los cielos.»

—¿Qué nueva?— Le preguntó el cautivo.

—Pues la muerte del Arcángel San Miguel.

—Imposible,— replicó el cristiano.

—¿Por qué imposible?— Preguntó mi padre.

—Porque un Arcángel es inmortal,— dijo nuestro teólogo.

—¿Cómo?— Exclamó despidiéndole mi padre:

—Tú dices que un Arcángel es inmortal y crees que Dios se halla sujeto á la muerte.

—¡Oh! Te ruego, Gezar, no hablemos de estas cosas. La contradicción de nuestras creencias engendraría bien pronto la contradicción de nuestros afectos; y la contradicción de nuestros afectos traería en seguida un combate personal entre ambos, en que acaso uno y otro sucumbiéramos sin haber satisfecho nuestras comunes aspiraciones ni haber tomado nuestros necesarios desquites. Si quieres pelear por tu religión, yo también; si quieres morir por tu religión, yo también. Pero persuádate de una cosa; de que peleando cuerpo á cuerpo y rematándonos quizá mutuamente ambos en sendos y contrarios esfuerzos, nada por nuestra religión habríamos hecho al fin y al postre. Juremos trabajar, yo por tu libertad, tú por la mía; y citémonos luégo, bajo los pabellones respectivos de nuestros dos pueblos para pelear y morir por algo mucho mayor que nosotros dos, por nuestras respectivas tribus, por nuestras contrarias creencias, como

cumple á quienes han ¡vive Dios! nacido y se han criado para la guerra.

—Tienes; Illan, razón. Puesto que un odio común nos ha juntado aquí, poniendo en las gargantas de nuestros piés dos grilletes y atándonos con la misma cadena, pugnemos por quebrarla y luégo, así que nos veamos libres, combatiremos el uno contra el otro, en cumplimiento de nuestros sendos deberes para con la religión y para con la patria.

—Sea en buen hora. Ya estamos convenidos en todo lo concerniente á nuestro pasado y en todo lo concerniente á nuestra situación. Pensemos hoy en solo un propósito, en el de recabar pronto, muy pronto nuestra perdida libertad y volver por la fe musulmana tú; yo por la pobre cautiva.

—¿Cómo has llegado tú al cautiverio?

—Prendieronme; no las cimitarras de tus gentes, los ojos de una cautiva.

—¡Oh!

—Después de haber peleado hasta el fin como bueno, era indudablemente yo el único entre todos los cristianos cogidos por la victoria de los tuyos en el palacio de Martos que pudo haberse puesto en cobro, y llegado hasta los pueblos vecinos para levantar gentes con que perseguir á los tuyos sin piedad y penetrar sin descanso en la Vega de Granada, ofendiéndola con alardes, y talas, y correrías y asedios. Pero Isabel de Solís, señora y castellana de aquellos hermosos lugares, cayó cautiva en manos de Hacam; y yo, como cautivo de su

hermosura y de su virtud, aunque sin habérselo dicho nunca, preferí á mi libertad ya inútil por apartado de ella, un cautiverio por duro y triste que resultase, prefiriendo á todos los goces hallarme próximo á su persona, en cualquier sitio donde, por lo menos, pudiéramos respirar el mismo aire.

— ¡Cumplido y perfecto caballero! — exclamó Gezar á quien mucho, muchísimo había interesado la sinceridad y la franqueza del cristiano.

— Quedamos convenidos ella y yo en que mandaría desde su camarín, donde se halla recluida, cantares en lengua patria, consagrados á recordar las tierras y los lares ausentes. Y en efecto, ha cantado con dulce cántico desde la torre del serrallo al son de la guzla el romance caballeresco que retrata nuestra historia, y la he oído con el arrobamiento con que pueden oír los ángeles la palabra divina en el cielo y le he jurado morir aquí por salvarla y redimirla. Hé ahí por qué me hallo vivo en Granada. No me han cautivado los tuyos, no; héme yo cautivado á mí mismo; y si quieres, hánme cautivado los ojos de una beldad, por la cual vivo y ante la cual quisiera morirme, pues no concibo sin su presencia y sin su amor la vida.

— Envidia me dan ¡oh! nazareno, las causas de tu cautividad y las esperanzas que pones en tus porfías y el objeto á que consagras tus esfuerzos. Yo padezco por cosas menos gratas.

— Refiéremelas, como yo acabo de referirte cuanto me concierne.

— Pues óyeme, Illan:

— Habla.

— Nosotros los africanos creemos que la suerte del África está unida con la suerte de Granada.

— Y creéis bien.

— El día que Granada caiga y no exista esta especie de marca entre vuestra tierra y nuestra tierra, los reyes cristianos llegarán hasta nuestros arenales, y entrarán entre las tribus beduinas con el furor que los lobos entran en los mermados aduarez y en los inocentes rebaños. Así como al conquistar los musulimes la tierra del Magreb conquistaron implícitamente la tierra del Andalus, al reconquistar vosotros ahora esta tierra del Andalus, reconquistais el África, donde siempre habéis querido y necesitado tener avanzadas de vuestra nación y de vuestras razas, tanto en los tiempos del Imperio romano como en los tiempos del Imperio visigodo.

— Verdad.

— Pues bien; yo he venido con expreso encargo de mis gentes para sostener aquí la corona de los musulimes en las sienas de Granada con todas mis fuerzas, y héme hallado con una ciudad que apenas quiere pelear, y con un rey á quien acaban de arrebatarse muy en mal hora los cristianos su Alhama, clave del granadino reino, desde la cual podrán dirigirse con la misma facilidad hacia Málaga que hacia Loja, rompiendo el haz de nuestras provincias, y aislando con mayor aislamiento á

Granada cada día en los senos de su vega y á la sombra de sus montes. Y ese rey, campeador incansable un día, se ha trocado al choque tristísimo con la fatalidad, en una especie de fiel y resignado vasallo de la desgracia, cuando sea cualquiera la suerte que nos reserven los hados, nosotros tenemos el deber de combatir siempre, y de combatir sin descanso.

—Es verdad, la vida resulta desde lo eterno, tomémosla como queramos, una guerra continua.

—Yo que libro á la conservación de Granada la conservación de mis tribus, llamé á todas las puertas donde pudiese hallar auxilio, contra vosotros los cristianos. Y ¡oh! ¡tristísimo infortunio! hallé que solo podía encontrar quien como yo sintiese y quien como yo pensase; ¡no vas á creermelo! ¡ay! en el cuerpo y en el espíritu de una débil mujer.

—¿De veras?

—¿De veras? tal como te lo digo, Illan, de una pobre mujer.

—¡Caso extraño!

—Aixá, la esposa de Hacem, es la última en sostener la grandeza y el poder de nuestra fe musulmana en el asediado y mermaidísimo territorio que todavía nos queda en esta idolatrada Península.

—Pues yo tenía entendido, Gezar, y te lo confío sin ánimo de atraerte á mi sentir, que Hacem brillaba mucho en el mundo por la valentía de su ánimo y por la fuerza de su brazo.

—Sí, hasta la noche horrorosa, en que volvió por

última vez desesperado de Alhama, hasta aquella noche, ocaso verdadero de su estrella. Antes creía en la buena fortuna de su estirpe y de su reino, ahora no cree ya el desgraciado, absolutamente, por su mal y por el nuestro, en cosa ninguna. La desgracia le ha echado en brazos de la indiferencia; y tendido sobre su lecho, sólo aguarda que la fatalidad se cumpla y que la irrupción cristiana entre por las puertas de su palacio y todo lo inunde.

—Mas ¿qué hará, qué, la pobre Aixá?

—¿Qué? Aixá tiene todavía grandísimo interés en la conservación del reino, porque Aixá tiene dos hijos, y ama con exceso al mayor de los dos, á su Boabdil.

—Permíteme observar, hasta en daño mío, que un mancebo y una pobre mujer, no podrán sustituir jamás á un general del temple de Hacem.

—Creo lo contrario; creo que han de sustituirlo con ventajas. Esa mujer es una madre que, al ver amenazada la madriguera de su cachorro, ha de volverse con furia contra la mano aleve del infiel. Y ese joven Boabdil, en la flor de su edad, en la esperanza de prosperar sus días y de sostener su reino, debe, por fuerza indudable, por necesidad imprescindible, debe pelear como un héroe; y si no logra su intento, morir como un mártir, que tales son las tristes é imprescindibles imposiciones de la suerte inscrita en libros que Dios ha dictado y que guarda la eternidad.

—Antes loaste mi caballería; y ahora, en

justa correspondencia y pago, debo yo loar tu fe.

—Combatiremos, combatiremos, como sabe combatir mi tribu; y si caemos y sucumbimos ¡oh! imputaráse la caída y la desgracia en el Magreb, á todo, menos á nuestra voluntad. Persuadido por completo de que Granada necesita una dirección más pujante, y su guerra continua un generalato más poderoso y más resuelto en otras personas que no sea la persona de Hacem, capitaneé, al volver últimamente de Albama el rey, la turba levantada en armas para destronarle. Me prometieron muchos seguirme y me acompañaron pocos. Pero yo, cogiendo la rienda de su fatigado caballo y encarándome con su triste compungida faz, díjole al Sultán cómo debía dejarnos pelear y dirigir la pelea en estos instantes á quienes como nosotros, lo superábamos en fe y esperanza. Los amotinados, al ver mi audacia, retrocedieron; y al retroceder, me dejaron solo en manos del avieso enemigo, quien me sepultó en las mazmorras con ánimo de darme muerte. Pero Alah, que ve mis intenciones, ayuda mi propósito; y cuando ya contaba con la muerte próxima, encuéntrome con una tregua que pienso aprovechar para cumplir mi propósito y destronar al perverso. Que Alah me ayude.

—Pues bien; ayudémonos uno á otro. Pensemos que buscamos la misma presa: yo la cautiva, tú el déspota. Y juramentémonos para escarbar en las piedras durísimas, por el suelo de nuestro calabozo, y abrir con las uñas, si no tenemos ningún

otro instrumento, minas y contraminas, que nos conduzcan al anhelado logro de nuestro impacientísimo deseo.

—Sí; me has comunicado tu ardor contagiándome con tus encendidas esperanzas.

Cuando estaban los dos jóvenes más entregados á tales proyectos ligerísimos y propios de su inquieta mocedad, aparecieron los esbirros y dándoles á cada uno de ellos un latigazo, distrajéronlos de la conversación y los forzaron á su triste y fatigosa obra.